

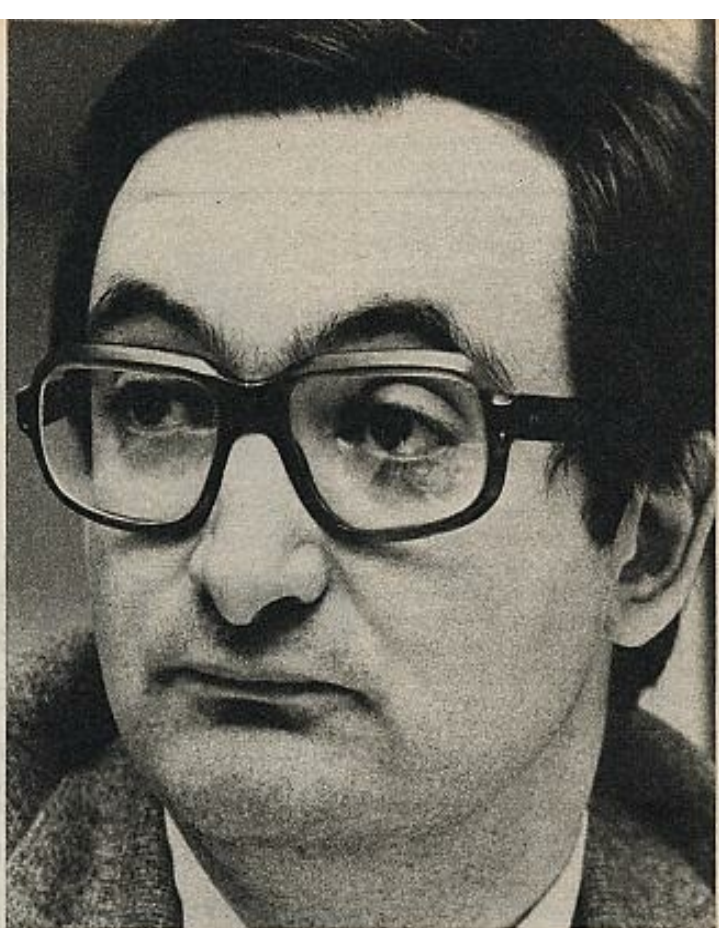
Producto brillante de esas fábricas de tecnócratas que son la Escuela Politécnica y la ENA (Escuela Nacional de Administración), Jacques Attali sorprende por su inteligencia original, que nada tiene que ver con la formación premiada con los más prestigiosos diplomas.

Principal consejero de François Mitterrand en economía, autor de varios libros sobre este tema ("L'Anti-economique", "La parole et l'outil", y ahora, "La nouvelle économie française"), Attali sale con soltura del terreno de la economía para hablar y escribir de otras cosas: hace dos años publicó un libro sobre las relaciones entre la música y el dinero a través de la Historia ("Bruits") (1).

Su pensamiento está formado por profundos conocimientos de biología, física, cibernética, humanidades y, naturalmente, economía. Todo eso hace que su proyecto de economía socialista sea hoy uno de los más interesantes. Así nos lo expone.

Jacques Attali, economista
del PS francés,
consejero de Mitterrand

LA SALIDA SOCIALISTA A LA CRISIS



"El capitalismo aún tiene muchos resortes".

RAMON CHAO.—Según usted, de la crisis actual puede salir todo; o una opción socialista o un capitalismo reforzado y casi eterno.

JACQUES ATTALI.—Bueno, digo eso, pero con muchos matices. En primer lugar, creo que el socialismo vendrá después del capitalismo, y que el capitalismo aún tiene muchos resortes para adaptarse a situaciones nuevas. Me insurjo contra los que creen y dicen que el capitalismo está en crisis, que estamos asistiendo a sus últimos estertores. Nada de eso. Una crisis es una enfermedad del capitalismo, de la que siempre ha salido, históricamente, transformado y robustecido. Las crisis se producen cuando el sistema capitalista es menos eficaz y cuando el mecanismo de producción-demanda deja de ser rentable.

R. Ch.—En su último libro analiza las tres crisis sufridas por el capitalismo: a finales del siglo pasado, en los años treinta de éste y la actual. En las dos primeras, el capitalismo supo crear necesidades más o menos artificiales para producir nuevas mercancías, y lo mismo está haciendo en la actualidad.

J. A.—Sí; los mecanismos de las tres crisis son semejantes. En la primera, que duró unos veinte años (de mil ochocientos setenta y tres a mil ochocientos noventa y tres), el capitalismo instaló lo que yo denominé la "autonomía del

desplazamiento". Con la explosión urbana, con el éxodo rural, con la construcción de carreteras, la gente se vio necesitada de desplazarse. Los teóricos marxistas de la Segunda Internacional pensaron que el capitalismo estaba agotado. En realidad, efectuó una transformación del sistema de producción. Se inició entonces la fabricación en serie de automóviles, después, repito, de que se hubiera creado esa necesidad. Pero el capitalismo conlleva una contradicción: cuanto más eficaz es, antes se produce su enfermedad, la crisis. Al convencer a los compradores de que necesitan un coche, satura el mercado, y sólo debe proporcionar el mantenimiento del parque automóvil, o una renovación parcial, pero no una nueva demanda. Entonces, el capitalismo tiene interés en cambiar la producción.

R. Ch.—¿Y la segunda crisis, la de los años treinta?

J. A.—Esa la resolvió el capitalismo creando lo que yo llamo la "autonomía de menaje", cuyo símbolo puede ser la máquina de lavar, la televisión; un capitalismo basado en "necesidades" más femeninas, si pudiéramos decir.

R. Ch.—¿Y qué puede inventar ahora el capitalismo para regenerarse?

J. A.—Ya está creando una "necesidad" cuya satisfacción requerirá la más avanzada tecnología. Vamos a entrar en el "capitalismo de autovigilancia", que explotará nuestras pulsiones narcisistas. En los Estados Unidos ya está funcionando una preocupa-

ción exagerada por la salud, el consumo innecesario de medicamentos. Por esto se está creando una especie de angustia en torno a la muerte, para crear una nueva necesidad mercantil. Pronto estarán en venta pequeños ordenadores para autovigilarnos, para hacer autodiagnósticos, etcétera. Lo mismo sucede con la educación. Se nos está angustiando con la selección universitaria, se nos exige una formación permanente, y pronto nos ofrecerán "gadgets" electrónicos que nos permitirán controlar nuestros conocimientos, mejorar nuestra formación, etcétera.

R. Ch.—¿Realmente, cree usted que el capitalismo es tan inteligente como para imaginar esas salidas, prepararlas con tanta precisión? ¿O bien, cree usted que sociólogos como Philippe Ariés, Thomas, o Edgar Morin, que han escrito recientemente tratados sobre la muerte, son los aliados del nuevo capitalismo?

J. A.—Es difícil asegurar que la evolución del capitalismo obedece a un fenómeno consciente. Pero lo importante es comprobar que todo sucede como si lo fuese. Es decir, que el sistema capitalista tiene la característica de hacer creer que todo lo que sucede es lo mejor que le podría suceder. Se debe, sin duda, a que funciona con un sistema de selección estadística de los errores, que le permite, en el fondo, hacer perdurar lo que está de acuerdo con sus intereses, a la vez que prueba otras estrategias que al no ser adecuadas a sus intereses, desa-

parecerán. Así, en definitiva, parece que siempre se trata de una estrategia consciente. En lo referente a la muerte, yo creo que está bastante claro: la evolución del sistema capitalista exige que se comercialice un cierto número de relaciones sociales que todavía no son rentables, y en particular, la muerte. Comprar la muerte, es lo que ya estamos viendo en los Estados Unidos, y podemos imaginar todavía más: no sólo comprarla, sino también almacenarla para comprar, lo que sería el colmo del absurdo, varias muertes, para elegir una sola, evidentemente. Sucede también con el amor. ¿No es rentabilizador el crear esa necesidad de películas eróticas, en lugar de practicarlas? La economía mercantil tiene la obligación de crear ocasiones de gasto, de compra de mercancías. Para eso, le es absolutamente necesario que el mayor número de relaciones entre los hombres pase por la mercancía.

R. Ch.—Las crisis que usted ha analizado coincidieron con la creación de los grandes sindicatos, con los trade unions. Estos, al luchar por alzas de salarios, y al obtenerlos, crearon nuevas posibilidades de comprar mercancías. Si es así, su papel habría sido nefasto, en definitiva, para la clase obrera...

J. A.—Creo que la estructuración de las clases sociales, especialmente del mundo sindical, ha sido un elemento que ha ayudado al capitalismo a vencer la crisis anterior, en efecto, y a renovarse otras formas; pero no hay que

(1) Ver en TRIUNFO núm. 762 el artículo de Eduardo Galeano para "escuchar toda la historia del mundo".

*El Dorado
Show de
Liza Minnelli*

BY
TIEMPO/BBDO

...y llenó su copa con champaña. Sus increíbles ojos miraron a millones de españoles,... y brindó con toda su inmensa alegría. Liza Minnelli, una burbuja universal en un gran show creado por TIEMPO/BBDO Publicidad.



REALIZACION EQUIPO TIEMPO/BBDO-BARCELONA-TUSET 32 TEL. 217 72 50 BARCELONA 6

LA SALIDA SOCIALISTA A LA CRISIS

creer que haya sido negativo. Por otra parte, ya no es la fuerza de trabajo de los países capitalistas la que reivindica una parte del mercado, sino ciertos países del Tercer Mundo, que tienen el patrimonio de la energía, y que exigen un trozo del pastel. En mi opinión, esto tendrá exactamente las mismas consecuencias que la reivindicación salarial en los países occidentales; es decir, una crisis de concentración del capitalismo de esas empresas, con consecuencias muy positivas. Pero a nivel mundial, ya que la crisis es mundial, se corre el riesgo de la proletarianización de la pequeña burguesía. En resumen, que se trata de una crisis del capitalismo, pero muy benéfica para las grandes empresas, esencialmente norteamericanas.

R. Ch.—En las crisis anteriores se enriquecieron las empresas nacionales, ahora se enriquecen las multinacionales. ¿Es así?

J. A.—Es lógico, dentro de este sistema, pues sólo se desarrollan un cierto número de países, y ellos ayudan a implantar por todo el mundo sus empresas. Sin embargo, podría producirse un fenómeno de inversión en las relaciones de esos países con el Tercer Mundo. En efecto, por primera vez en la Historia, algunos países ganan más dinero que el que pueden gastar. Esto no sucedió en las crisis anteriores. Cuando los obreros triunfaban en una huelga, no obtenían aumentos que les permitieran ganar más dinero del que necesitaban. Ahora, los países que se enriquecen de forma repentina y desmesurada con el petróleo, por ejemplo, tienen dos posibilidades: o invertir todo el dinero en las grandes empresas, es decir, acentuar el fenómeno de concentración, o bien aliarse con el Tercer Mundo no productor, para industrializarlo. Yo creo que algunos productores de petróleo elegirán la segunda solución.

R. Ch.—Hace un momento parecía responsabilizar usted al Tercer Mundo por la crisis actual.

J. A.—No, en absoluto. Creo que de toda crisis emergen nuevas naciones, y el Tercer Mundo va a desempeñar un papel cada vez mayor en las crisis futuras, porque sus dirigentes se van a dar cuenta de que nuestro modelo de desarrollo impide la industrialización de sus naciones. Además, si observamos el precio del petróleo hoy, comprobaremos que se encuentra (en términos de intercambio con los productos de los bienes industriales) al nivel de mil novecientos cincuenta y dos. Es decir, que desde mil novecientos cincuenta y dos a mil novecientos setenta y tres, los términos de intercambio se habían mejorado en favor de



“Es posible que si la gente trabajase en mejores condiciones, no desearía trabajar menos”.

los productos industriales, y desde mil novecientos setenta y tres se ha nivelado esta diferencia. Es un argumento que los países productores de petróleo podrían utilizar en favor de un aumento aún más importante.

R. Ch.—¿Cuánto tiempo cree usted que va a durar la crisis actual?

J. A.—El tiempo que necesite el capitalismo para instalar la nueva producción. Tal vez unos veinte años. Pero el cambio será tan grande, y la toma de conciencia colectiva está siendo tan importante, que hay muchas posibilidades de no perder esta oportunidad para el socialismo.

R. Ch.—¿No dice usted que el socialismo llegará después del capitalismo? No cabe esperar nada, entonces.

J. A.—Es cierto que esta crisis será larga, y que el capitalismo tiene un futuro brillante por delante. Pero eso no quiere decir que los socialistas no tratemos de aprovechar esta coyuntura. En efecto, en períodos de crisis se produce una ruptura del consenso social acerca del modo de desarrollo. Por ello se nos ofrece la oportunidad de conseguir una “salida socialista” de la crisis. Me explico: cuando el capitalismo se encuentra en pleno desarrollo, todo el mundo se aplica a obtener los mayores beneficios, a distribuir equitativamente el bienestar; me refiero a los socialistas y a los comunistas, evidentemente. En cambio, en los momentos de crisis, cuando se ha agotado un modo de producción, el socialismo puede y debe intervenir para que el capitalismo no se revigore con la crisis, y para lograr un nuevo modo de desarrollo que no supedita la producción a unas necesi-

dades artificialmente creadas. Hoy el socialismo se identifica con un proyecto muy claro, que consiste en que cada uno de nosotros dispongamos de una parte mayor de nuestro tiempo, y que podamos utilizar la nueva tecnología para la creación personal.

R. Ch.—¿Qué medidas habría que tomar para orientar la crisis hacia una “salida socialista”?

J. A.—Lo primero que hay que observar es que desde las crisis del año mil novecientos treinta, las grandes transformaciones en lo relativo a la duración de la jornada de trabajo, las conquistas sociales importantes no se consiguieron en los períodos de expansión del capitalismo, sino, al contrario, en los momentos de recesión. Es ante la crisis cuando los empresarios y los Gobiernos burgueses se ven en la obligación de redistribuir una parte de las ganancias del capital. Yo creo que hay varias medidas urgentes que tomar. En primer lugar, definir cuatro o cinco sectores industriales que serían los polos de una política industrial que permita la creación de una economía capaz de competir con las multinacionales. Esto exige, en cada uno de estos sectores, la reunión de tres condiciones: una política de mercados públicos, de ayuda pública o de sostén público financiero importante; una concentración industrial a través de “holding” financieros públicos y, por fin, tal vez menos necesario, pero a veces indispensable, un hombre, un federador. Es evidente que esos sectores clave son difíciles de seleccionar, que no hay que equivocarse; pero si no hacemos nada, no corremos el riesgo de equivocarnos. La segunda medida es una reducción considerable de las desigualdades fis-

cales, y la tercera, una descentralización en la lucha contra el despilfarro energético. Es indudable que hoy es posible economizar energía o de producir energía suplementaria más fácilmente a nivel local que a nivel central.

R. Ch.—Hoy, los diferentes Gobiernos europeos parecen querer sobrepasar la crisis con una serie de medidas comunes: frenar la inflación, reducir el equilibrio comercial y limitar el paro obrero. ¿Le parecen acertadas?

J. A.—Para mí se trata de objetivos de tipo keynesiano, válidos para regular una economía en expansión, pero no en período de crisis. El problema, hoy, es saber si a finales de siglo vamos a ser una provincia de los Estados Unidos o si dispondremos de una economía autónoma, nacional. Mientras no se reconozcan tres principios de política económica y no se definan dos objetivos para esta estrategia, considero que se va hacia la primera hipótesis. Primer principio: dejar de creer que el paro obrero va a frenar la inflación. Esto es falso tanto en los períodos de crecimiento rápido como en los países donde los obreros tienen garantías relativamente importantes contra el paro. Segundo principio: dejar de creer que una modificación del sistema de precios relativo bastará para reorientar a la economía; que el aumento del precio de la energía bastará para incitar a los industriales a producir bienes que consuman menos energía; que el autofinanciamiento se dirige siempre hacia los sectores que necesitan nuevas inversiones, etcétera. Y, en fin, tercer principio: dejar de creer que aumentando globalmente las exportaciones se logrará la independencia de un país. Hay que

LA SALIDA SOCIALISTA A LA CRISIS

V. REYNOLDS
La Biología de la Acción Humana
350 pesetas.

F. MARIET

Psicosociología actual
200 pesetas.

P. SCARDUELLI

Lévi-Strauss y el Tercer Mundo
120 pesetas.

C. FREINET

Ensayo de Psicología Sensitiva
250 pesetas.

A. MIRALLES

Nuevo teatro español:
Una alternativa social
250 pesetas.

R. DUMONT

La utopía o la muerte
290 pesetas.

L. WEINSTEIN

Salud y democratización
250 pesetas.

P. ROBINSON

La modernización del sexo
390 pesetas.

D. GUERIN

La Revolución Francesa
y nosotros
200 pesetas.

M. FERRO

La Revolución Rusa de 1917
250 ptas.

EDITORIAL VILLALAR

C/ Puerto Rico, núm. 3
MADRID - 16.

desechar estas ideas, y así se podrán encarar dos objetivos: El primero consistirá en definir una autonomía sin autarquía, y el segundo, encontrar un método de pleno empleo sin crecimiento. Autonomía sin autarquía significa crear una economía capaz de producir bienes que se puedan vender sea cual fuere el sistema de pagos o el nivel de inflación mundial. Olof Palme decía que se podía permitir el lujo de criticar la política americana en Vietnam, porque los americanos estaban obligados a comprar cojinetes suecos... El segundo objetivo es el pleno empleo sin crecimiento, es decir, el bienestar sin crecimiento del valor añadido. Creo profundamente que durante muchos años permaneceremos en un período de reducción del crecimiento económico. Toda expansión basada en el consumo de energía debe suprimirse. Se puede hacer de varias formas. En primer lugar, hay que aumentar la movilidad del empleo. Luego hay que reducir considerablemente la duración del trabajo, y ante todo, las tareas más penosas. Y en fin, es importante acabar con esta noción muy anclada: el trabajo dignifica. En nuestras mentalidades, un hombre que no trabaja es un hombre indigno. Un hombre que se encuentra en formación permanente durante años no debe ser considerado como un parásito social.

R. Ch.—La reducción del trabajo, su división, y el reparto de los trabajos más desagradables entre las categorías sociales, ¿son objetivos del socialismo francés para un futuro previsible?

J. A.—Hay que encontrar un equilibrio a este problema, y yo creo que no se podrá alcanzar sin asociar la idea de duración del trabajo a la duración de los objetos. La reducción del tiempo de trabajo se puede concebir si se

fabrican objetos más duraderos, lo cual tendría muchas consecuencias en el progreso técnico. Si los coches durasen más, no se podría, cada año, introducir en ellos nuevos "gadgets". Pero tal vez el progreso técnico no esté relacionado con un nuevo modelo de cinturón de seguridad o con la forma del parachoques. Hay que orientarse hacia la creación de trabajos más valorizantes para el hombre, menos especializados, menos divididos, y orientar progresivamente la economía hacia el servicio del hombre. En cuanto a los trabajos más desagradables, es indudable que seguirán existiendo. Es necesario terminar con la "división social del trabajo", para dirigirse hacia un reparto de esas tareas. Tal vez no dividirlo según las clases, sino entre generaciones. Estoy convencido de que si todos participásemos en esos trabajos, la presión social sería muchísimo mayor para lograr su transformación. Se puede imaginar un sistema en el que los jóvenes pasen un año trabajando en una fábrica, en cadenas. Significaría una gran modificación de la técnica. Habría que pasar por fases intermedias, y en primer lugar, conceder el derecho de voto a los trabajadores extranjeros. Si pudiesen votar, sus condiciones de vida y de trabajo serían diferentes. En todo caso, es posible que si la gente trabajase en mejores condiciones, no desearía trabajar menos.

R. Ch.—Parece que adopta usted aquí la idea del trabajo dignificante, en contradicción con lo que decía antes.

J. A.—No, porque trabajar tendría otro sentido. La ruptura entre trabajo y "no trabajo" iría disminuyendo. En algunos países socialmente avanzados se está pensando en elevar la edad del retiro, cuando una persona realiza un trabajo interesante. Esto me parece enormemente significativo e importante. Es evidente, por otra parte, que hay que disminuir la edad del retiro para las personas

que desempeñan un trabajo penoso o sin interés. Es escandaloso que la esperanza de vida de un peón sea inferior a la edad de su retiro. Incluso es inferior a la reivindicación actual de edad de retiro, puesto que lo reclaman a los cincuenta y nueve años. Es decir, que hoy un obrero sin calificación reivindica "menos de un año" de esperanza de vida en el momento de obtener el retiro. Hay que reducir a la vez la edad de retiro y mejorar las condiciones de trabajo.

R. Ch.—En muchos aspectos, sus ideas están próximas a las de los ecologistas.

J. A.—Es cierto, y estas ideas las defendemos los socialistas desde hace muchos años. Pero a mí entender, los ecologistas cometen un error profundo cuando dicen que para modificar el modelo de desarrollo no es necesario apoderarse del aparato del Estado. Yo creo que eso es esencial hoy. Ya no podemos limitarnos a reprobar un modelo de sociedad.

R. Ch.—De todo lo que ha dicho usted sobre la crisis como purga del capitalismo de la que saldrá en un Estado más saludable, de la necesidad que tiene de hacer ciertas concesiones en estos momentos, ¿no cree que la llegada de la izquierda al poder, en Francia le podría facilitar esta tarea? Tenemos los ejemplos históricos de otras crisis. Ya explicó usted el papel benéfico para el capitalismo que representaron las reivindicaciones sindicales en los años treinta. Por otra parte, se ha comprobado que las nacionalizaciones que se hicieron en Francia después de la liberación (en particular, del gas y la electricidad), las hubiese hecho, de todas formas, el capitalismo. El gran capital retiró sus intereses de unos sectores deficitarios para situarlos en sectores nuevos y rentables; con las indemnizaciones que recibió creó otras industrias, y esa compañía nacionalizada les proporcionaba energía pagada por los contribuyentes. ¿No puede suceder lo mismo ahora?

J. A.—Eso hubiera sido cierto si propusiésemos las nacionalizaciones que el capitalismo necesita, es decir, el sector deficitario, como se hizo en mil novecientos cuarenta y cinco, en efecto. Pero ahora se trata, al contrario, de nacionalizar los sectores avanzados para reorientarlos hacia un nuevo modelo de desarrollo. Por ejemplo, la nacionalización inmediata de la siderurgia sería útil al capitalismo, y no la de las industrias-clave de la electrónica, que queremos nacionalizar. Así que no creo que la llegada de la izquierda al poder favorezca a la larga al capitalismo a condición, claro está, de que le dejen tiempo para realizar estas transformaciones fundamentales.

■ Fotos: F. MARULL.



"Hay que orientar la economía hacia el servicio del hombre".